

Fernando Claudín:

Las crisis del comunismo



La aparición del último libro de Fernando Claudín, «Marx, Engels y la revolución de 1848», ha coincidido con su regreso a España después de treinta y seis años de ausencia obligada. (En el grabado, alegoría de dicho movimiento revolucionario, por Alfred Rethel).

Una entrevista de María Ruipérez y Manuel Pérez Ledesma

AL margen de su conocida actividad política, durante más de treinta años de su vida, Fernando Claudín ha desarrollado en la última década una intensa labor de investigación histórica centrada en algunos de los temas capitales de la evolución del movimiento obrero europeo. La publicación en 1970 del tomo I de **La crisis del movimiento comunista** demostraba ya su voluntad de enfrentarse, con espíritu crítico, a uno de los problemas más espinosos y polémicos de la historia de nuestro siglo. En esta misma línea, sus trabajos posteriores —en especial, los estudios introductorios a los **Escritos económicos de Lenin** (Madrid, 1974), y a la edición de las obras polémicas de Kautsky (**La dictadura del proletariado**) y Lenin (**La revolución proletaria y el renagado Kautsky**)—reflejan un claro propósito de penetrar en las raíces teóricas de la escisión del movimiento obrero derivada de la revolución rusa. Por fin, su último libro **Marx, Engels y la revolución**

de 1848 (Madrid, 1975), cuya aparición coincidió con su vuelta a España, después de treinta y seis años de ausencia obligada, cierra un ciclo de investigación, cuya repercusión en nuestro país ha sido hasta el presente, y por razones obvias, inferior a lo que estos trabajos merecen.

Es difícil agotar, e incluso plantear en el marco de una simple entrevista, todos los temas sobre los que la investigación y la capacidad crítica de Fernando Claudín han arrojado luces nuevas y removido el universo de verdades consagradas. Después de varias charlas, de las que esta entrevista recoge un resumen parcial, las preguntas aún podrían prolongarse de forma interminable. Pero hemos preferido limitarnos a algunas cuestiones clave, capaces de ofrecer una primera panorámica de las opiniones de un personaje cuya honestidad política y rigor intelectual están fuera de toda duda.



Para Claudín, «la revolución de 1848 ha sido, junto con la Comuna, uno de los dos grandes acontecimientos revolucionarios del XIX producidos durante la vida de Marx y Engels».

—La mayoría de los «marxólogos» han estudiado temas como el «joven Marx» o las concepciones del Marx maduro; pero hasta ahora muy pocos autores se habían preocupado por examinar, como tú te has propuesto en tu último libro, la participación de Marx y Engels en la revolución de 1848. ¿Por qué elegiste este tema? ¿Qué importancia tiene, en tu opinión, esta etapa de la vida de ambos?

—Hay una serie de razones que me impulsaron a este estudio. La revolución de 1848 ha sido, junto con la Comuna, uno de los dos grandes acontecimientos revolucionarios del siglo XIX que se produjeron durante la vida de Marx y Engels. Esta revolución, además, es la única en que participan directamente, y se sitúa en un momento crucial de su vida y de su obra: Marx tiene treinta años, y Engels veintiocho; han elaborado ya los fundamentos de su concepción teórica, el

materialismo histórico; y esta elaboración no había sido para ellos un pasatiempo intelectual. Se trataba precisamente de forjar los instrumentos teóricos de esta revolución que ellos juzgaban inminente. De ahí su ingreso en la Liga de

los Justos, y la transformación de esta organización en la Liga de los Comunistas; y también la redacción del **Manifiesto Comunista**, que no es un documento que se sitúe fuera de la historia, sino la plataforma estratégica y táctica de esa revolución que veían venir. La revolución del 48 es, por eso, la gran prueba de fuego de la teoría de Marx, su primer test histórico. Y esta experiencia práctica repercute a su vez en la teoría, deja una gran huella en toda su obra y en toda su actuación política posterior. Por estas razones, me pareció interesante, ya hace mucho tiempo, el trabajar sobre este tema, y me llamó la atención el que hasta ahora se hubiera prestado tan poco interés al estudio de este período de la biografía de Marx. Tal vez, como apunto en mi libro, pueda explicarse este hecho por dos razones que se articulan. En primer lugar, la actitud acrítica que ha existido, en general, ante los autores clásicos del marxismo en las corrientes principales del movimiento obrero. Y en relación con la revolución del 48, Marx



La revolución del 48 se sitúa en un momento crucial de la vida y de la obra de Marx y Engels: tienen 30 y 28 años, respectivamente, y ya han elaborado los fundamentos del materialismo histórico. Estas imágenes (Marx, a la izquierda) les muestran en su etapa juvenil.

y Engels se equivocan en algunas cuestiones importantes. De ahí que el tema resultase espinoso para los que se encontraban en esa actitud reverencial... Además, el hecho de que en este período de la actuación de Marx hay algunas posiciones, sobre todo tácticas, que están en contradicción con las actitudes de la socialdemocracia de finales del siglo XIX y comienzos del XX, y también, en lo que se refiere a la concepción del partido, con la corriente leninista.

—Acabas de hablar de equivocaciones de Marx y Engels en su análisis de la revolución, y nos gustaría que explicaras con detalle cuáles fueron estos errores.

—La revolución del 48 tuvo fundamentalmente un carácter democrático-burgués; pero con una importante veta proletaria, con una destacada participación del proletariado, sobre todo en Francia. Es decir: los objetivos esenciales de la revolución fueron la liquidación de las supervivencias feudales en las estructuras y superestructuras, y la conquista del Estado nacional por diversas burguesías (la burguesía alemana, la italiana, la húngara...). El error de Marx y Engels fue considerar que la revolución tenía fundamentalmente un carácter proletario, como consecuencia de que el capitalismo —pensaban ellos— había llegado al final de sus posibilidades históricas.

Sabían, claro está, que la penetración del capitalismo en Alemania era todavía escasa y que incluso en Francia no dominaba aún la gran industria, pero consideraban que el centro del sistema capitalista, Inglaterra, había llegado a su plena madurez para la revolución. La victoria de la revolución proletaria en In-



Marx y Engels concretizaron su teoría política en el «Manifiesto Comunista», del que la revolución del 48 vendría a ser gran prueba de fuego, su primer test histórico.

glaterra sería el comienzo del fin del sistema, aunque esta revolución hubiera de pasar por diversas etapas en países como Alemania, resolviendo «de paso» las tareas democrático - burguesas.

—Este error de Marx, ¿tenía alguna justificación teórica, o fue exclusivamente el resultado de un exagerado optimismo?

—La raíz teórica de esta apreciación errónea de Marx reside en la creencia, que entonces tiene —lo mismo que Engels—, de que el desarrollo del capitalismo va acompañado inexorablemente —es una ley del mismo— de la pauperización absoluta de los trabajadores, del empeoramiento absoluto de sus condiciones de existencia. Los datos empíricos de la época —particularmente los referentes a las condiciones de vida de los obreros ingleses— parecían abonar tal tesis teórica. En ese contexto pensaban también que las crisis económicas cíclicas, como la que contribuye a desencadenar la revolución de 1848, expresaban dicho estado «límite» del capitalismo.

En vida de Marx no hay un reconocimiento explícito de

ese error, aunque en **El Capital** aparece, de hecho, la rectificación de la tesis de la pauperización absoluta. Sólo en 1895, en el prefacio que Engels escribió poco antes de morir a una edición de **Las Luchas de clases en Francia**, declaró que la historia les había dado un mentís rotundo a su apreciación del estado del capitalismo a mediados de siglo.

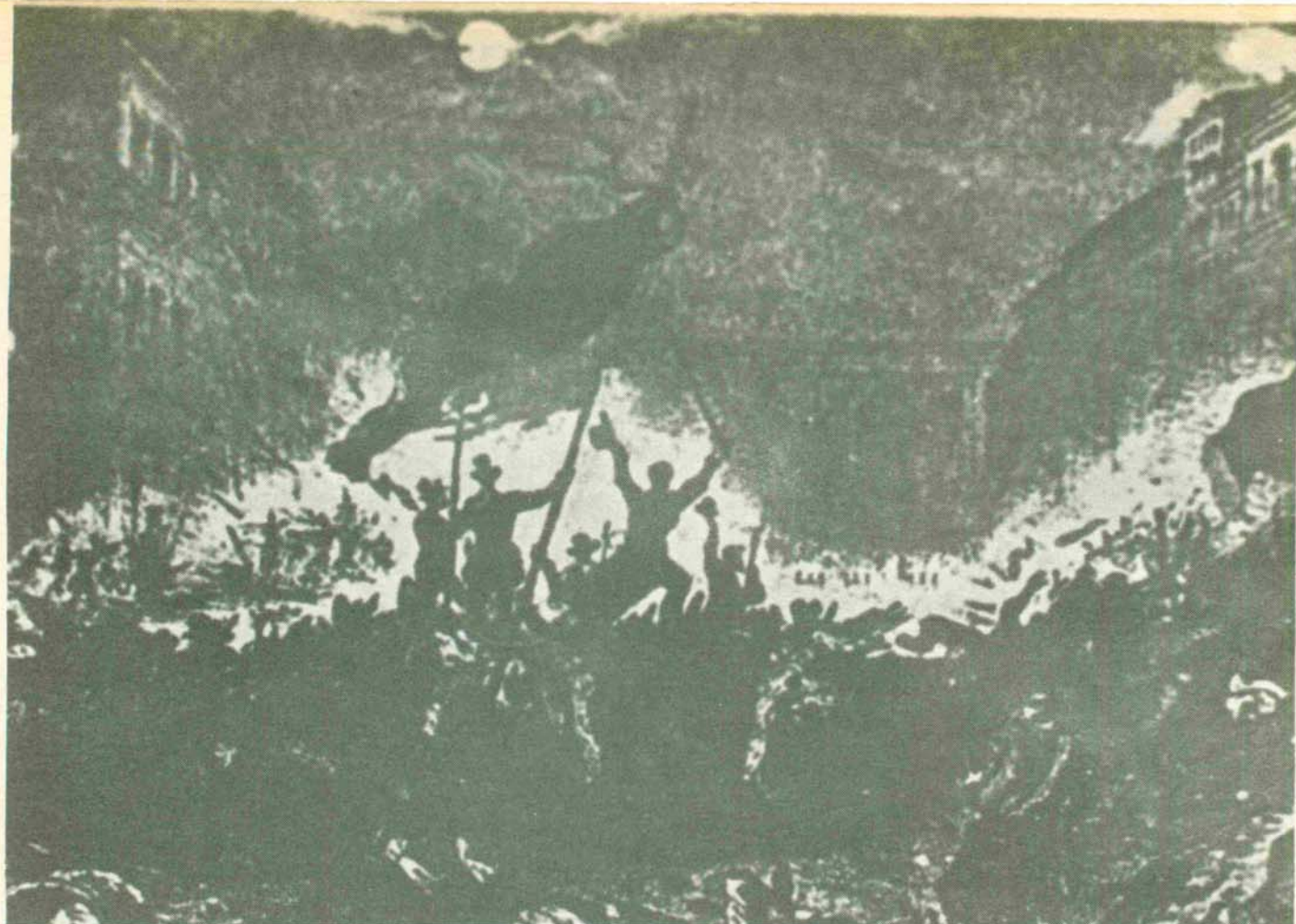
Además, en mi libro analizo otras razones del citado error de Marx y de la persistencia en él a lo largo de la revolución: en particular, la influencia mimética que en su manera de representarse el curso de la revolución tuvo el «modelo» de las revoluciones anteriores, sobre todo la gran revolución francesa. Pero sería muy largo entrar en el detalle de esta cuestión.

—¿Qué repercusión tuvo el fracaso revolucionario para la historia posterior de Europa?

—En realidad, la revolución de 1848 no fracasó en lo que fue su contenido esencial: despejar el camino al desarrollo del capitalismo en Europa. Los aparentes vencedores de los revolucionarios del 48, Napoleón III en Francia, Bismarck en Alemania, actúan, en la práctica —dicho con frase de Engels—, como los albaceas testamentarios de la revolución.

—¿Y para el desarrollo de las concepciones políticas de Marx y Engels?

—En este terreno, la revolución confirma la concepción teórica básica de Marx, es decir, confirmó su idea de que la evolución social, en general, y la revolución social, en particular, son un producto de la lucha de clases, de las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, etc.; en suma, el proceso revolucionario confirma plenamente la teoría de la revolución de Marx. Ahora bien,



Los objetivos fundamentales de la revolución del 48 fueron la liquidación de las supervivencias feudales y la conquista del Estado nacional por la burguesía. El error de Marx y Engels fue considerar que la revolución —de la que asistimos a dos escenas, en Berlín (arriba) y París— tenía fundamentalmente un carácter proletario.



al mismo tiempo la enriquece y permite su desarrollo en una serie de aspectos concretos. Es cierto que Marx no reconoce explícitamente su error sobre el estado del capitalismo en ese período, pero no es casual, tal vez, que después de la revolución se concentre en el estudio de la evolución del capitalismo. Podría, como hicieron otros revolucionarios de la época, entre ellos algunos dirigentes de la Liga de los Comunistas, haberse dedicado plenamente a la acción, pensando como ellos pensaron que estaban reunidas todas las condiciones para una reanudación de la revolución. En cambio, para Marx el problema de una comprensión, de una investigación más a fondo de las estructuras del capitalismo, de sus leyes, se convierte en el problema esencial. Posiblemente, esta actitud práctica refleja la conciencia del insuficiente conocimiento, que la revolución había puesto de manifiesto, de las leyes del capitalismo y de su estado real en aquel momento.

Pero, además, como ya he dicho, la experiencia revolucionaria le permite a Marx desarrollar algunos aspectos concretos de su teoría de la revolución. Por ejemplo, los aspectos proletarios de la revolución del 48, en concreto la sublevación de junio del proletariado de París, los intentos proletarios en Viena, Berlín y otros puntos, sucesivamente derrotados le conducen a una reflexión de gran interés sobre la diferencia entre las revoluciones proletarias y las revoluciones burguesas. Mientras —dice en **El 18 Brumario**— estas se producen de una manera rápida, fulgurante, las revoluciones proletarias parece que retroceden ante la inmensidad de sus objetivos, que emprenden una y otra vez

la ofensiva para retroceder de nuevo, y volver a empezar. Esta observación, junto con otras relativas a la necesidad de que la revolución proletaria resuelva «sobre la marcha» temas pendientes de carácter antifeudal, nacional, etc., le lleva a concebir el curso de la revolución proletaria como un largo proceso, con fases de guerra civil, de conflictos internacionales, etc., a lo largo de los cuales se preparan precisamente las condiciones para que el proletariado pueda convertirse realmente en clase hegemónica.

Otro elemento importante de la reflexión de Marx sobre su experiencia revolucionaria deriva del hecho fundamental de que en el centro del sistema, en Inglaterra, no se produce la revolución. Esta comienza y se desarrolla en la periferia de este centro, es decir, en Francia, en Alemania y en otros países donde predominan las estructuras precapitalistas y las tareas antif feudales se colocan en primer plano. Ante Marx se plantea en la práctica un tipo de proceso que anticipa lo que será a lo largo del siglo XX el camino

de la revolución mundial: es decir, el desarrollo de la revolución en la periferia del centro más avanzado. Y este hecho le lleva a preguntarse por la forma en que tal proceso puede desembocar en el triunfo del contenido proletario de la revolución. En la práctica, se responde que será el resultado de una combinación de revoluciones nacionales, de guerras internacionales, de luchas de liberación nacional, que en su desarrollo crearán las condiciones para que finalmente la revolución llegue al centro maduro del sistema capitalista. Semjante reflexión no aparece de una manera sistematizada, elaborada, sino de manera dispersa en los textos de este período. Por ejemplo, en un texto de gran interés, que se publica en la **Nueva Gaceta Renana** (revista), en 1850, Marx explica que al fin y al cabo es natural que la revolución estalle primero en la periferia, porque en el corazón del sistema los resortes de poder, los elementos de compensación, son más fuertes.

En relación con los problemas de estrategia y táctica, la experiencia revolucionaria le



Los aparentes vencedores de los revolucionarios del 48 (Napoleón III en Francia, Bismarck en Alemania, a quienes este diorama de Werner describe en su encuentro tras la batalla de Sedán) actuaron en la práctica como los albaceas testamentarios de la revolución.

permite comprender con más claridad la necesidad de que el proletariado llegue a forjar una alianza con las masas urbanas pequeño-burguesas y con el campesinado como condición indispensable para que el derrocamiento del capitalismo y la conversión del proletariado en clase dominante puedan plantearse como una cuestión práctica, concreta. Los artículos de la **Nueva Gaceta Renana** (diario), las posiciones que preconiza en las organizaciones democráticas y obreras de Colonia, lo mismo que los análisis posteriores del proceso revolucionario, muestran la necesidad de que el proletariado tenga muy en cuenta las contradicciones en el seno de las clases dominantes y entre las diferentes fracciones de las mismas, y sepa utilizarlas en su lucha. En general, Marx y

Engels dan muestra en esta época de mucha flexibilidad y realismo al abordar las cuestiones prácticas de la lucha. Aparecen tan alejados de un oportunismo electoralista como de un izquierdismo vacío.

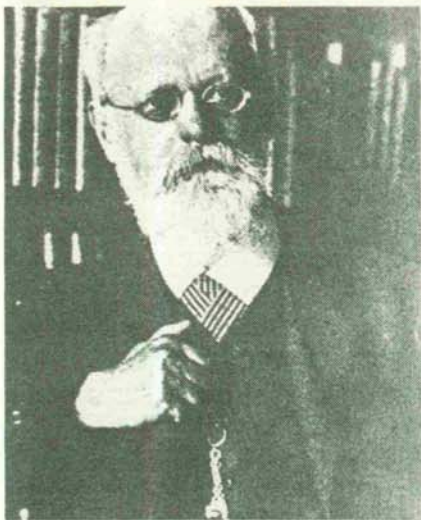
Contrastando con los textos anteriores a la revolución, en los análisis del período revolucionario y posteriores las clases y la lucha de clases se revelan en toda su complejidad, con sus múltiples facetas y elementos económicos, políticos, ideológicos, culturales, etc. También se enriquece y profundiza la teoría del Estado, como estructura que no se limita al aparato represivo, ni es un simple instrumento de la clase o fracción de clase dominante. Una serie de aspectos sobre los que girará la reflexión gramsciana aparecen

ya, algunos de modo embrionario aún, otros más desarrollados, en estos textos de Marx, sobre todo en **El 18 Brumario**. De este período es también el concepto de dictadura del proletariado, que para Marx significa, ante todo, ruptura de la legalidad capitalista en todos los órdenes y transformación del proletariado en clase hegemónica. No tiene nada que ver con lo que un siglo después ha sido consagrado como dictadura del proletariado en los países del Este.

Un elemento básico de la teoría política de Marx que se presenta con particular relieve en los textos de este período es la cuestión de la democracia. La lucha por la democracia, la profundización de la democracia, aparece como el eje de la revolución proletaria, del avance hacia la



Enfocando otros temas tratados por Fernando Claudín en libros anteriores, surge su opinión sobre el leninismo que, para él, aparece como una variante original del marxismo en función de las condiciones específicas rusas y del imperialismo capitalista. (El grabado recoge a Lenin en un mitin de marzo de 1917; al pie del estrado, Trotsky).



El debate entre Kautsky y Lenin en 1918 significa la ruptura a nivel teórico entre las corrientes socialista y comunista. Kautsky —en la imagen— se erigiría en inspirador de la socialdemocracia.

sociedad comunista. La democracia —consideran Marx y Engels— es incompatible con la dominación de la burguesía y sólo puede realizarse realmente con la hegemonía del proletariado. La dictadura del proletariado no es más que una fase histórica en que esa democracia tiene aún que enfrentarse con los coletazos de las viejas clases explotadoras.

—Tras estas respuestas, podemos pasar ya del análisis de las actitudes de Marx ante la revolución del 48 a los otros temas que has estudiado en libros o trabajos anteriores. En concreto, sería interesante recoger tu opinión sobre el leninismo, al que has dedicado varios textos. Mientras para algunos teóricos o historiadores, el leninismo es el resultado de las condiciones concretas de Rusia a finales del siglo XIX y comienzos del XX, para otros es la culminación lógica y con valor universal del marxismo. ¿En tu opinión, cuál de estos análisis es el correcto?

—A mi juicio, ninguna de esas dos variantes, por sí sola, puede tomarse como definición correcta del leninismo. Además, entre paréntesis, creo que no se puede hablar de «culminación» del marxismo,

ni en el leninismo ni en ninguna otra corriente marxista; sólo podrá hablarse de culminación del marxismo cuando llegue el momento de su negación, porque hayan cambiado las condiciones históricas de tal manera que lo hagan caduco. En relación con el leninismo, yo creo que inicialmente las concepciones de Lenin estuvieron dentro de la corriente fundamental del marxismo hasta los años diez el kautskismo, corriente principal de la socialdemocracia. Después evolucionan hacia una variante original del marxismo en función sobre todo de dos parámetros: las condiciones rusas, es decir, las estructuras socioeconómicas específicas, el sistema político, las tradiciones revolucionarias (por ejemplo, el populismo revolucionario), etc.; y por otro lado, las nuevas condiciones internacionales, más exactamente la nueva fase del capitalismo, el imperialismo. En función de estos dos parámetros el leninismo aparece como una variante original del marxismo.

—¿Cuáles son, entonces, los

rasgos característicos de esa originalidad?

—Como elementos más específicos, o más característicos del leninismo pueden destacarse, me parece, en primer lugar, su análisis del imperialismo, y en función de este análisis su concepción del proceso revolucionario mundial: la teoría, por ejemplo, del eslabón más débil dentro de la cadena del imperialismo como el punto en que pueden converger todas las contradicciones, en una coyuntura determinada, y a través del cual puede abrirse camino la ruptura revolucionaria.

Un segundo aspecto es la conexión dialéctica de los factores democrático - burgueses y de los democrático - socialistas en la revolución proletaria en países con fuertes estructuras pre-capitalistas. Un tercer aspecto corresponde a la concepción del partido de vanguardia; es en este dominio concreto donde, a mi parecer, hay una mayor diferencia entre el leninismo y el marxismo original. Se puede hablar también como un aspecto fundamental del leninismo,



Para Kautsky, la revolución rusa (sintetizada gráficamente en esta foto) no es ni puede ser una revolución proletaria. El grave ataque es repelido por Lenin en su folleto «El renegado Kautsky», donde defiende la necesidad de la dictadura del proletariado.

de su concepción de la Revolución como un fenómeno global en el que intervienen todos los elementos de la sociedad, y en el que, para la determinación de la estrategia y la táctica del proletariado, es absolutamente necesario tener en cuenta todo este conjunto de fenómenos de la sociedad global. Esta concepción está ya en Marx, como se ve, yo creo, a través de la exposición teórica de sus posiciones en la revolución del 48, pero en Lenin se desarrolla y adquiere un carácter muy operacional. En cambio, yo creo que en el leninismo, contrariamente a lo que opinan algunos teóricos (sobre todo, teóricos soviéticos), no se puede hablar de que haya una teoría de la construcción del socialismo en un solo país; sólo hay elementos de cómo avanzar hacia la construcción del socialismo en un país donde el proletariado actúe en conexión con el proceso revolucionario mundial. Pero Lenin no consideraba en ningún momento que se pudiera llegar a la plena construcción del socialismo más que en el marco del proceso revolucionario mundial.

—El leninismo se pone a prueba a escala internacional precisamente tras el triunfo de la revolución y como consecuencia de las diferencias entre las concepciones de Lenin y las concepciones de los socialdemócratas alemanes que dominan en el resto de Europa. En este sentido, el debate entre Kautsky y Lenin en 1918 significa la ruptura a nivel teórico entre las dos corrientes, socialista y comunista, que desde entonces van a recorrer caminos distintos, e incluso opuestos, en la historia del movimiento obrero. ¿Por qué se planteó este debate, que tú has estudiado en el prólogo a la edición conjunta de los textos de ambos autores, y

cuál fue la razón de que adquiriera tanta importancia en la historia del movimiento obrero en el siglo XX?

—En realidad, este debate de 1918 es la prolongación —en las nuevas condiciones creadas por la guerra imperialista, por la revolución rusa, por la crisis del sistema capitalista, por los prolegómenos de la revolución alemana, que estalla inmediatamente después de esta discusión— del debate que se inicia a fines del siglo XIX. Es decir, del debate que se inicia con el revisionismo de Bernstein, quien partiendo de una determinada práctica y de una determinada fase del desarrollo del capitalismo, considera que lo esencial son las reformas, las conquistas prácticas que en cada momento logre el movimiento obrero, posición que él resume en esa fórmula de «el movimiento es todo, el objetivo final no es nada». O sea, lo esencial es un proceso gradual en el que todas esas conquistas puedan ir progresando y desarrollándose, lo que lleva aparejado el privilegiar, entre las formas de lucha, las formas parlamentarias, el respeto de la legalidad, etc. En realidad, a pesar de que Kautski y los otros dirigentes del Partido Socialista alemán combaten a Bernstein, en la práctica política del Partido Socialista alemán se aplica de hecho lo que Bernstein sostiene, y empieza a aparecer una divergencia cada vez más notoria entre las palabras, el programa, y la práctica real. Lo que sucede más adelante es que la crisis de 1914 obliga a que esta divergencia entre las palabras y la práctica política se instale plenamente en la superficie. Entonces aparecen dos posiciones que podrían sintetizarse así. Para la concepción cuyo teórico principal es Bernstein, pero que en la

práctica sigue la mayor parte de la socialdemocracia alemana, la guerra, y la crisis que determina la guerra imperialista, es una interrupción en este proceso gradual de conquistas y reformas por la vía parlamentaria, práctica que se había desarrollado durante los treinta años anteriores. La guerra es una interrupción, es un momento, una coyuntura en la que, desgraciadamente, el proletariado no puede seguir avanzando. Es necesario que la guerra pase para reanudar el camino. Mientras que para Lenin, el ala minoritaria revolucionaria de la socialdemocracia alemana y los socialdemócratas revolucionarios de otros países, la guerra viene a confirmar la tesis de que el capitalismo marcha inevitablemente hacia un momento de derrumbamiento, que está próximo y que es el momento favorable para la revolución. Por lo tanto, la tarea de los socialistas consiste en aprovechar este momento de modo revolucionario. De ahí derivan las diferentes posiciones estratégicas y tácticas. Los que consideran que la guerra es una simple interrupción en un desarrollo democrático a través del cual el movimiento obrero puede ir avanzando y transformar gradualmente el capitalismo en su contrario, adoptan una actitud social-patriota, que conduce a la colaboración con los gobiernos de guerra de la burguesía; o bien —es el caso de Kautsky, del mismo Bernstein o de otros dirigentes de la socialdemocracia alemana— adoptan una actitud pacifista, preconizan el fin de la guerra, un fin justo y sin anexiones, para, una vez que se haya liquidado este episodio desgraciado, reanudar el camino anterior. Y los que consideran que ésta es una confirmación de la hipótesis marxista de que el capitalismo marcha



Nacido como consecuencia de la frustración de la Revolución de Octubre, el stalinismo cristaliza en la Unión Soviética durante la década de los treinta —a la que pertenece este encuentro de Stalin y Kruschev— y se consolida después de la II Guerra Mundial.

inevitablemente hacia una crisis revolucionaria, parten de ello para considerar que ha llegado el momento de organizar las fuerzas del proletariado y elaborar una táctica de lucha; táctica que se concreta por parte de Lenin en la fórmula de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil para derrocar al poder burgués, apoyándose precisamente en todos los efectos que la guerra produce en las masas, en el empeoramiento de su situación material, en los sacrificios que implica, en la barbarie que la guerra representa...

La discusión de 1918 no es más que la culminación de esta discusión que empieza realmente a finales de siglo, que se agudiza y se convierte en lucha abierta a partir de 1914, y que el triunfo de la Revolución en Rusia pone sobre el tapete como una cuestión vital, porque a los ojos del segundo sector antes mencionado, el triunfo de la revolución rusa significa el comienzo de un proceso revolucionario mundial. Pero, además, para los bolcheviques no se trata solamente de la confirmación de su visión teórica, sino también de un problema práctico.

Sólo si el proceso revolucionario iniciado en Rusia se extiende a Europa Occidental, la revolución tendrá en su opinión posibilidades de desarrollarse y de consolidarse como una auténtica revolución proletaria. De ahí la importancia dramática que adquiere la discusión durante 1918.

—Pasando a los hechos concretos de la polémica, ¿cómo surgió y por qué alcanzó tanta virulencia?

--El debate lo inicia Kautsky con su ensayo sobre la dictadura del proletariado. Significó una crítica radical, a

fondo, de la política de los bolcheviques. En él señala que la revolución hecha en Rusia no es ni puede ser una revolución proletaria; en el mejor de los casos, será una revolución burguesa que liquide al zarismo y a las estructuras de carácter feudal. Pero en un país donde el proletariado es una minoría, no se puede realizar una revolución proletaria. Partiendo de esta tesis, afirma que lo que los bolcheviques llaman «dictadura del proletariado», no es tal dictadura, sino sólo la dictadura de un grupo, de una minoría, que sólo puede tener consecuencias nefastas para el mismo proletariado. Hay que tener

en cuenta que este ataque de Kautsky contra la revolución rusa se produce en un momento particularmente difícil de la revolución: después de la paz de Brest-Litovsk, cuando se inicia la guerra civil, cuando ha comenzado la intervención extranjera y la revolución todavía no ha estallado en Europa, en concreto en Alemania. El ataque es de una enorme gravedad, porque en ese momento Kautsky tiene, y la seguirá teniendo después, una gran autoridad sobre el proletariado occidental. Eso explica que Lenin, a pesar de la situación dramática del verano de 1918, en que tiene que abordar tareas abruma-

doras cuando apenas se ha resuelto del atentado de un socialista revolucionario que disparó contra él hiriéndole gravemente, ponga manos a la obra para responderle en su folleto **El renegado Kautsky**.

—Desde el punto de vista de la teoría marxista, ¿se plantearon con rigor los problemas de fondo, y se consiguió un enriquecimiento teórico significativo, o la virulencia del debate impidió el desarrollo de una reflexión rigurosa?

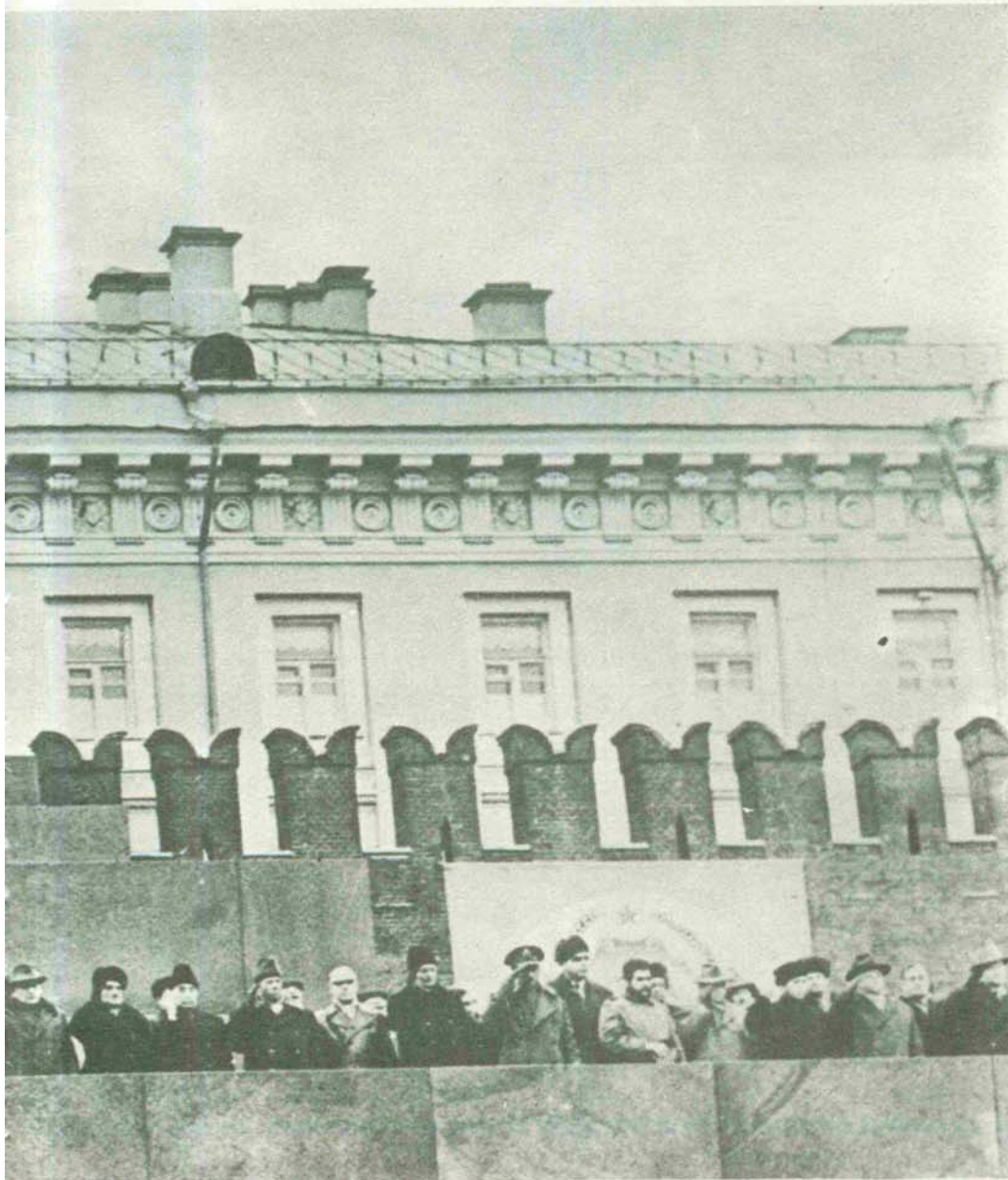
—La forma de plantearse la polémica hace que ésta tome un aspecto que no contribuye, a mi juicio, a esclarecer los problemas de fondo. El debate



aparece bajo la forma de una oposición, o de una contraposición, entre la dictadura del proletariado y la democracia. Kautsky se presenta frente a Lenin como defensor de la democracia, como el abandonado de la democracia y el enemigo de la dictadura; mientras Lenin, en su defensa de la dictadura del proletariado, aparece, si no como el enemigo de la democracia en general, al menos como quien ve a ésta ligada a la dominación de la burguesía, como «democracia-burguesa» nada más; como un sistema que el proletariado puede utilizar, de una manera que podríamos llamar instrumental, o cir-

cunstantial. Es decir, se enfrentan dos generalizaciones abusivas. Para Kautsky, la democracia, la vía democrática, lo es todo desde el punto de vista del camino del proletariado hacia el socialismo, con lo cual retoma, sin duda, un aspecto muy esencial de Marx, según hemos dicho ya. Ahora bien, el error de Kautsky consiste en defender estas posiciones de una manera abstracta, como si el desarrollo del capitalismo fuera forzosamente en todo momento un desarrollo normal y sin crisis, como si el poder de la burguesía en el marco de la democracia burguesa fuera a respetar en todo momento las conquis-

tas democráticas del proletariado, los resultados electorales, el sufragio universal, etc. Lenin, por otro lado, en su defensa de la necesidad de dictadura del proletariado, parece subestimar, o colocar en un papel muy secundario, todo movimiento democrático que en Marx tiene el propio concepto de «dictadura del proletariado» como forma superior de democracia. Visto desde la perspectiva de nuestro tiempo, lo más débil de la posición de Lenin se encuentra en que él presenta la realidad soviética como la realización plena de dicha dictadura, cuando precisamente en esa época el mismo sistema de los



La Revolución de Octubre tropezó con tales obstáculos que no pudo desarrollar y consolidar el contenido soviético inicial, lo que —a través del stalinismo— determinó una configuración social muy distinta de la que en principio se pretendía. (Junto a estas líneas, presidencia del cincuenta aniversario de la revolución rusa de 1917.)



soviets, el funcionamiento de los soviets, etc., comienza a vaciarse ya del democratismo radical del año 17. No es casual que en ese mismo momento aparezca la crítica de Rosa Luxemburgo a los rasgos antidemocráticos de la política de los bolcheviques. El punto débil de Lenin, a mi juicio, es que no examina de una manera crítica una realidad en la que los bolcheviques se han visto obligados, por una serie de circunstancias, a tomar un conjunto de medidas que en la práctica frenaban o

limitaban extraordinariamente la democracia soviética y eran un peligro, si se mantenían y no se corregían posteriormente, para la pervivencia de esta democracia.

—Desde la polémica, ya han pasado más de cincuenta años, por lo que podemos valorar ahora mejor su importancia y sus consecuencias, sin caer en los apasionamientos de aquel momento. ¿Podrías hacernos, entonces, un balance del significado global, y de las repercusiones del debate para el movimiento obrero europeo?

—El interés extraordinario, a mi juicio, de esta polémica de 1918 se encuentra en que, en realidad, ambas posiciones están en conexión con dos momentos que existen permanentemente en la lucha de la clase obrera y están ligados a la situación estructural del proletariado. La clase obrera se encuentra en una situación contradictoria: forma parte del sistema capitalista y, en virtud de su situación en las estructuras de este sistema, su propio desarrollo, tanto cualitativo como cuantitativo, y el

Una de las tareas revolucionarias que hoy han adquirido mayor importancia es la reunificación del movimiento obrero, con toda la riqueza de sus diferentes tendencias y variantes, y con la inevitable lucha ideológica en su seno.



mejoramiento de su situación material, mientras existe el capitalismo, están ligados al desarrollo de este sistema. Al mismo tiempo la clase obrera, desde el punto de vista de sus objetivos históricos, de sus objetivos como clase, está interesada en todo momento en la destrucción del capitalismo. Estos dos aspectos contradictorios de la situación de la clase obrera tienen su reflejo justamente en las divergencias, en los debates que aparecen en el movimiento obrero desde finales de siglo, que ad-

quieran una forma dramática después de la guerra y que acaban consolidándose con la ruptura entre el ala socialdemócrata y el ala comunista. El ala socialdemócrata refleja ante todo el momento de los intereses inmediatos, de la necesidad de la clase obrera de mejorar su situación material y de desarrollar la lucha en favor de esa mejora; lo que, para que se consolide y se convierta en algo efectivo, exige que se produzca una legislación social, una serie de hechos concretos que adquieran una cierta permanencia. Es decir, exige una serie de reformas, un proceso de carácter evolutivo mientras no se produzca una crisis del capitalismo. Por eso, la línea socialdemócrata es la absolutización de ese momento, mientras la línea leninista, tal como se presenta en la Revolución de Octubre, o en la ruptura con la socialdemocracia, aparece como la encarnación o la representante del momento de los intereses históricos de la clase obrera. Pero como el desarrollo de la situación mundial, la evolución de los acontecimientos después de Octubre, no marcha en ese sentido, sino que se entra de nuevo en una etapa evolutiva, resulta que después de la ruptura y de la creación de la Tercera Internacional, es la socialdemocracia la que vuelve en el período siguiente a recuperar su influencia. La clase obrera, tras salir de la catástrofe de la guerra, vuelve a centrar su atención y su lucha en las conquistas materiales inmediatas, por lo que la socialdemocracia y los sindicatos socialdemócratas se convierten en los re-

presentantes principales de este aspecto del movimiento obrero. En cambio, el movimiento comunista de la Tercera Internacional, que trata también de recoger este aspecto, pero que centra toda su atención fundamental en una perspectiva de revolución próxima o inmediata, no es capaz de establecer en la mayor parte de los casos una conexión viva con las masas, y sus núcleos revolucionarios, salvo excepciones, quedan muy aislados del movimiento real, del proceso real de la clase obrera. Y esta separación entre los dos momentos, que los leninistas han presentado muchas veces como resultado de la traición de los dirigentes socialdemócratas, pero que es, como digo, un efecto de la situación objetiva de la clase obrera en el sistema capitalista —aunque haya habido casos de traición— ha tenido consecuencias nefastas sobre la actividad ulterior del proletariado. La separación de los núcleos revolucionarios de las masas ha facilitado la penetración en estas masas de la ideología dominante, y ha facilitado también que el movimiento comunista se desarrollara en una situación de dependencia y subordinación frente al Estado soviético, a un estado que ya no era el representante de la revolución proletaria, sino la expresión de un nuevo sistema social de antagonismo de clases.

—Al hablar del Estado soviético, es necesario referirse al stalinismo como factor determinante de la evolución del mismo. A tu juicio, el stalinismo ¿es, como se ha dicho muchas veces, el simple «culto

a la personalidad» de un individuo, o tiene raíces más profundas? ¿Cuáles son estas raíces y sus rasgos fundamentales?

—Yo creo que a estas alturas está claro que el culto a la personalidad no fue más que uno de los efectos del stalinismo, cuyas raíces eran mucho más profundas. El stalinismo es una manera de designar un sistema social que cristalizó en la Unión Soviética en la década de 1930 y que se ha consolidado después de la Segunda Guerra Mundial. Este sistema social es la consecuencia de la frustración de la Revolución de Octubre. No es algo que estuviera predestinado, que tuviera fatalmente que producirse, como lo indica la lucha interna muy aguda que en los años veinte enfrentó en el seno del PCUS a diferentes opciones y maneras de abordar un problema en sí mismo extraordinariamente difícil: el problema de avanzar hacia el socialismo en un país de las características de Rusia, y en las condiciones en que Rusia se encontraba. Por no citar más que las tendencias principales, en el período que va de la guerra civil al comienzo de la colectivización forzada nos encontramos con la lucha entre las alternativas defendidas por Lenin, Trostky, Bujarin, y finalmente por Stalin, que fue la que acabó dominando.

La prueba de que a la opción staliniana no le fue fácil imponerse es que necesitó la utilización de un sistema de terror sin precedentes, al mismo tiempo que la transformación del marxismo en una ideología que, tras la apariencia de fórmulas y conceptos formalmente marxistas, era una ideología justificativa del nuevo sistema social, en el que de nuevo reaparecía la dominación de clase, la opresión

nacional, la falta de una democracia real, etc.... El stalinismo, en definitiva, a mi parecer, es la manera de designar a ese nuevo sistema social, o el proceso que ha llevado a ese sistema, objeto actualmente de la atención teórica de diversos investigadores marxistas, con el fin de precisar sus estructuras, sus leyes, sus perspectivas, etc.

—Pero, ¿cuáles son los rasgos que definen a ese nuevo sistema social? ¿Cuáles su estructura de clases, y quiénes forman la nueva clase dominante?

—Este es uno de los problemas que están en discusión, y yo voy a dar sólo una apreciación sucinta. Yo creo que en el origen de este sistema está el hecho de que la Revolución de Octubre tropieza con tales obstáculos que no puede desarrollar y consolidar el contenido soviético inicial, entendido según las concepciones de Lenin en **El Estado y la Revolución**. Es decir, una democracia de trabajadores en la que éstos son dueños efectivos, como clase, de los medios de producción, y en general de todas las condiciones de su existencia social. Este contenido inicial queda rápidamente frustrado en un proceso que está ya hoy bastante estudiado en una serie de obras como la de Bettelheim; y a partir de esta frustración, se empieza a construir un sistema social, en el curso de la industrialización y colectivización forzada del país, que engendra una nueva clase dominante cuyas características, o cuyo estatuto no es igual al de la clase capitalista tradicional —conjunto de propietarios privados de los instrumentos de producción—, sino que consiste en ser usufructuarios colectivos de los medios de producción, a través de la mediación del Estado. Los miembros de esta

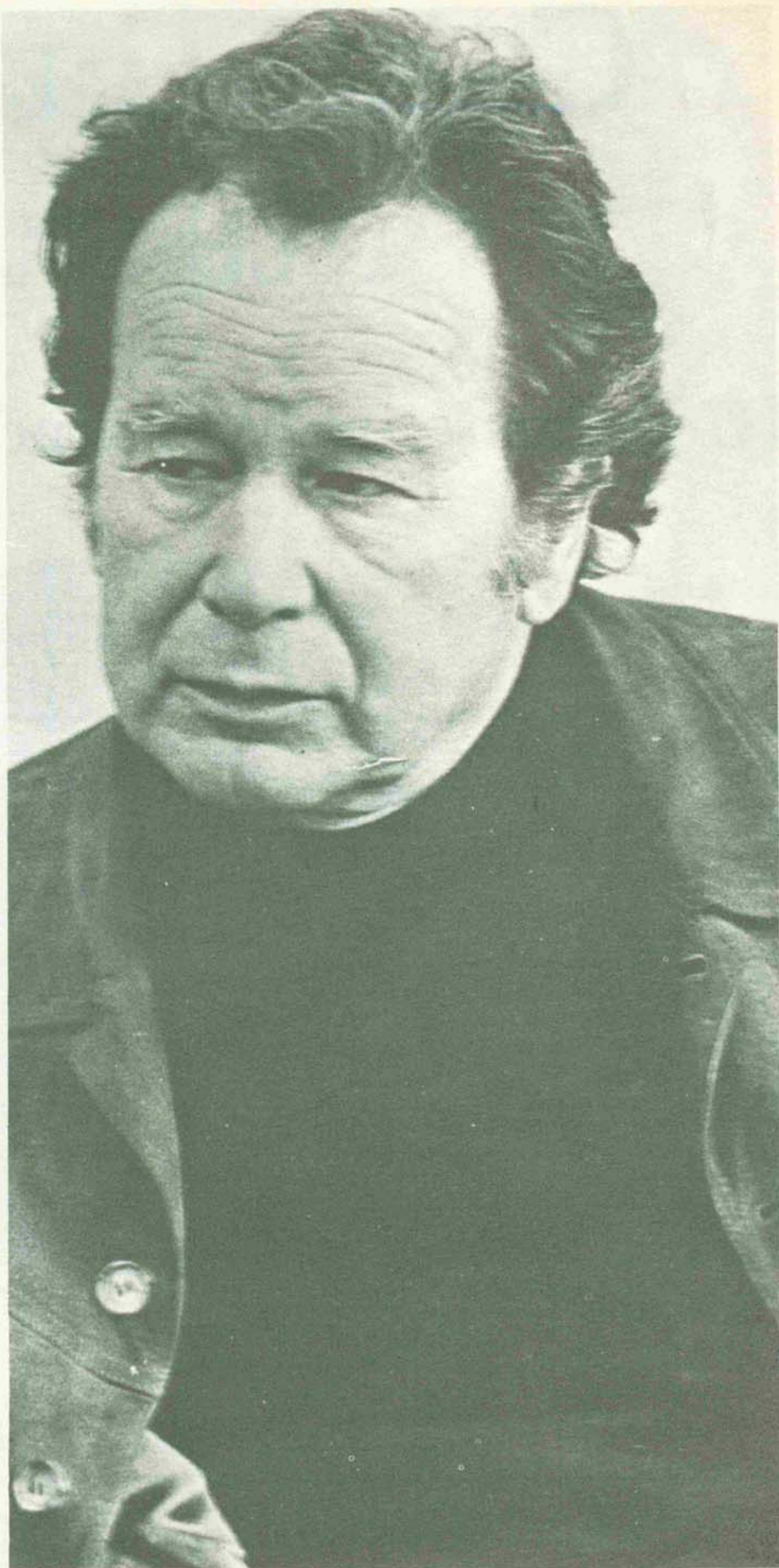
clase lo son en cuanto agentes de las estructuras del Estado, que jurídicamente y de hecho es el dueño efectivo de los medios de producción, y sobre el que la clase obrera no tiene ningún poder.

—Volviendo, para acabar, a los problemas del movimiento obrero internacional, ¿cuál ha sido la repercusión de la escisión entre comunistas y socialistas, y de la dependencia creciente de los comunistas respecto a las directrices de Moscú, de la que hablabas hace un momento?

—Es bien conocido el motivo de la escisión entre ambas corrientes, que antes de ser una ruptura formal fue una separación por las razones que antes mencioné. El triunfo de la revolución en Rusia planteó esta cuestión de forma más aguda, junto a la posición de Lenin y su grupo, para el que la traición de la socialdemocracia exigía la creación de una nueva Internacional; pero la idea encontró grandes resistencias en el movimiento obrero de inspiración marxista. Estas resistencias para crear la III Internacional no se vencieron más que a comienzos de 1919 después del triunfo de Octubre, y después de que se inicia la Revolución alemana. La cuestión está sobre todo, pienso yo, no en saber si era necesario que el ala revolucionaria se dotara de una estrategia y una táctica distintas —necesidad que me parece evidente—, sino en saber si la forma en que se abordó el problema era la más adecuada. Así como —para explicarlo con más claridad— la escisión en la socialdemocracia rusa entre mencheviques y bolcheviques fue el resultado de un largo proceso de lucha ideológica y política, y estuvo fuertemente determinada por la marcha de

los acontecimientos, especialmente en 1917, la escisión en los otros países tomó en muchos casos un carácter artificial. No fue el resultado de la maduración a partir de un proceso de lucha ideológica, sino que revistió formas bastante administrativas, mecánicas, que en unos casos condujeron a que los elementos más combativos y revolucionarios quedaran aislados de las masas fundamentales de la clase obrera, y en otros casos a que estos elementos, por no aislarse de las masas, quedaran dentro de las filas de la socialdemocracia. Yo creo que esta manera de producirse la escisión y su desarrollo ulterior ha facilitado fuertemente la extensión de la influencia de la ideología burguesa dominante en la clase obrera, no sólo en el ala socialdemócrata sino también, aunque parezca paradójico, en el ala comunista, porque en realidad el stalinismo —volviendo a lo que decíamos antes— es en el aspecto ideológico una transformación por dentro del marxismo, vaciándolo de su aspecto crítico y revolucionario y convirtiéndolo en una ideología conservadora del sistema establecido, que en su manera de influir en las masas, de inculcarles una serie de ideas de autoridad, jerarquía, desigualdad, moral pequeño-burguesa, deificación del Estado, etc., tiene muchos puntos de contacto con la ideología burguesa.

Por ello, creo que una de las tareas actuales más importantes del movimiento revolucionario es la reunificación del movimiento obrero, con toda la riqueza de sus diferentes tendencias y variantes, con la inevitable lucha ideológica en su seno, etc. ■ **(Declaraciones recogidas por MARIA RUIPEREZ y MANUEL PEREZ LEDESMA).**



El rigor en la investigación y la capacidad crítica de Fernando Claudín (a quien vemos de nuevo en la foto, debida —como las dos suyas anteriores— a Ramón Rodríguez) ha arrojado nueva luz sobre el universo de las «verdades consagradas».